

sea el adversario mas decidido, verá en él sin duda acontecimientos muy singulares, pero me atrevo á creer que verá tambien que todas las intrigas que se han supuesto haberlos acompañado no han existido jamás, y no son otra cosa que pura invencion del espíritu de partido fértil en este género.»



LIBRO TREINTA Y SEIS.

1818.—19.—Estado de la Francia; lucha de los partidos; la imprenta.—La *Minerva*; P. L. Courier.—El *Conservador*: Chateaubriand, Lamennais y Bonald.—Apertura de las Cámaras.—Se vota una recompensa nacional á Mr. de Richelieu.—Proposicion de Barthelemy sobre la ley electoral.—Discusion para levantar los destierros; Mr. de Serre.—Agitacion progresiva de la opinion; fomento del periodismo: el *Correo*; el *Constitucional*; el *Censor*; los *Debates*; la *Cotidiana* y la *Bandera Blanca*.—Debates borrascosos sobre los asesinatos del Mediodia; escándalos parlamentarios.—Asociaciones diversas.—Las misiones, las sociedades secretas de Bruselas y Paris; fermentacion de la Alemania.—Elecciones de 1819; nombramiento de Gregoire; el general Foy.—Espíritu general de las elecciones hostil á la corona.—Recomposicion del ministerio, se abre la legislatura; exclusion de Gregoire.—Proyecto de modificacion de la ley electoral.

I.

Ya hemos visto por la declaracion que hizo el rey á la posteridad hasta el fondo de su alma; su pasion por la emancipacion del territorio, su deseo sincero de fundar un gobierno representativo dominado por la corona, moderado por las Cámaras é inspirado por la opinion; sus penas secretas en un palacio donde su voluntad combatida hallaba oposiciones politicas tan cerca de su corazon; su estimacion respetuosa al duque de Richelieu; en fin,

su cariño casi paternal á Mr. Decazes, instrumento de su pensamiento é idolo de su corazon. La visita de Alejandro y la aprobacion moral que este príncipe habia dado públicamente en París á la sabiduria y al ministerio del rey le confirmaban cada vez mas en su resolucion de afianzar y ampliar la Carta. El triunfo que habia obtenido sobre los realistas retrógrados y reaccionarios en las elecciones de setiembre, descartando á la vez á los bonapartistas y á los exagerados, le hacia esperar el mismo éxito para las elecciones de 1818 que debian renovar la quinta parte de la Cámara.

Empero ya los partidos, un momento separados por el decreto de 5 de setiembre, comenzaban á prepararse para luchar unos contra otros y todos contra el rey en la asamblea. La imprenta libre les daba el alma, el campo de batalla y las armas. Los periódicos y los folletos, mas ó menos enérgicos y virulentos, y sirviéndose todos del nombre del rey para forzar su voluntad ó envilecerle, soplaban el fuego de la oposicion al gobierno en todos los colegios electorales. La *Minerva* y el *Conservador*, dos colecciones periódicas, eran el manual de las pasiones. La *Minerva* estaba redactada por escritores que habian servido al despotismo durante el Imperio, y no querían pe-
recer con él. Trasformados ya en puritanos de la Carta, se proponian fundir en adúltera alianza el espíritu militar, la gloria de las conquistas, las doctrinas de la revolucion de 1789, los recuerdos de la república, el orgullo nacional, la monarquía constitucional, el despotismo y la libertad, con tal confusion de ideas y tan pérfido artificio que todas las pasiones hostiles á los Borbones hallasen á la vez en su periódico una alegría, un recuerdo, una esperanza y un alimento. Los redactores principales de este periódico eran Benjamin Constant, Etienne, Jouy, Pages, Aignan, Courier y Beranger, escritores, publicistas, folletistas, poetas, hombres de talentos diversos, afectando los unos moderacion, aguzando los otros la in-

vectiva; estos asociando la adulacion al rey con las insinuaciones mortales contra su casa, aquellos publicando cartas en las que ventilaban como tribunos las cuestiones de derecho constitucional, ó hacian la apoteosis de los convencionales proscriptos y de los soldados agricultores que lloraban su patria en los bosques de la América, otros, como Courier, provocando la risa amarga de la ironía en folletos donde el odio aguzaba el talento; otros, en fin, como Beranger, nacionalizando el desprecio á los Borbones en cantos inmortales que creaban para el pueblo una religion de la gloria, consoladora para el honor y fatal para la libertad. Llamábanse estos hombres los *independientes*, á fin de encubrir de este modo su oposicion. Una nube de periódicos, revistas, folletos y hojas volantes que respiraban el mismo espíritu recibian de ellos el soplo y la direccion, y sembraban el desprecio, la repugnancia y la cólera en el pueblo.

II.

El *Conservador*, creado por Mr. de Chateaubriand y por sus amigos con el triple objeto de hacer contrapeso á los periódicos bonapartistas, defender la monarquía de los Borbones y someter el rey á los realistas, estaba redactado por Chateaubriand, Lamennais y Bonald, hombres de gran temple de alma y suma nombradía. Su grandeza literaria se reflejaba en sus obras. Sus páginas brillaban con sus nombres, y venian á ser acontecimientos para la Europa. Fiévée, antiguo prefecto de Bonaparte, les prestaba su esperiencia administrativa y esa teoría sofistica tan grata á la aristocracia del federalismo provincial, en oposicion con la concentracion y unidad del poder ministerial. Mr. de Suleau, jóven escritor que la política disputaba á las letras; Frenilly, poeta de tradicion; Fitz-

James, cortesano, pero de corazón independiente, cuyo realismo adoptaba los grandes acentos de la libertad; Castelbajac, Salaberry y todos los hombres de la aristocracia, ilustres por su talento personal, daban su golpe y marcaban sus nombres en esa campana del partido ultra-realista. Poco importaba el acuerdo de las doctrinas más ó menos absolutas, más ó menos constitucionales entre aquellos gefes de opinion; la masa hacia la fuerza y el genio daba el brillo; jamás hubo escrito periódico que alcanzase más boga, ni gobierno más violentamente atacado y más injuriosamente ultrajado por la ambición y por la envidia de sus supuestos amigos exclusivos. En ese escrito se entregaba Mr. Decazes, ora á las sospechas, ora á la irrisión de los realistas, y aun el mismo rey era apenas perdonado. La corte, la familiaridad del conde de Artois y la aristocracia de provincia se embriagaban con aquellos nombres, con aquellas doctrinas ó invectivas que les parecían ilustrar su causa y levantar su oscuridad hasta la altura del genio. Mr. de Chateaubriand, con un artificio poco lógico, pero sincero en su alma y aceptado fácilmente por los partidos, asociaba en el *Conservador* las teorías de la antigua Iglesia dominante y de la antigua monarquía feudal con la rudeza de una vigorosa oposición realista al rey. Enseñaba á la oposición anti-realista todo aquello á que pudiera atreverse muy pronto en la amarga crítica del gobierno. Ningun periódico liberal hería tan alto ni tan cruelmente como aquel soldado descontento de la monarquía. Ese encarnizamiento de Chateaubriand y del partido del conde de Artois contra los pensamientos y los hombres del rey, decidieron á monsieur Lainé á un acto constitucional y atrevido contra la facción cortesana que con tanta audacia amenazaba á la corona. Quitó su gefe á aquella facción, destituyendo al conde de Artois de sus atribuciones más importantes en el mando general de la guardia nacional del reino. El rey, despues de alguna resistencia de corazón á la seve-

ridad de su deber de monarca, otorgó á sus ministros aquellas medidas de justas represalias que llegó á ser un motivo más de queja y de encono de los realistas contra él, dividiéndose entonces el palacio en dos campos, cada vez más ensañados uno contra otro.

Las opiniones de las provincias sublevadas en dos sentidos opuestos, por la cólera del partido realista, por los folletos del partido liberal y por las divisiones intestinas de la familia real, desviaron aquel año las elecciones de ese centro, donde Mr. Lainé y el rey querian conservarlas. El partido liberal se fortificó con veinte y dos diputados hostiles á la monarquía de los Borbones. Mr. de La Fayette, símbolo indeciso, si no de república á lo menos de revolucion, fué elegido como un desafío vivo á la monarquía; Manuel, promotor de Napoleon en 1815, como una propuesta napoleónica contra los Borbones. Las elecciones de aquel año, aunque satisfacian al rey, porque veia debilitada la cábala de su hermano en la Cámara con el alejamiento de algunos ultra-realistas, alarmábale, sin embargo, el advenimiento de hombres demasiado significativos entre los enemigos ostensibles de su casa. Mr. Lainé se turbó, y el duque de Richelieu, que habia prometido al emperador Alejandro arrancar á un mismo tiempo el gobernalle de la nacion de las manos de los revolucionarios y de los contrarevolucionarios, se interrogó á sí mismo con ansiedad: «Veo llegar con terror á los hombres de los Cien Dias, exclamó. Ellos han perdido nuestra situacion en Europa. Temamos las revoluciones, porque ellas consumirían nuestras fuerzas nacionales, y darian á la Europa motivos de queja contra nosotros.» Desde aquel dia dirigió sus esfuerzos á reconciliarse con el gobierno de los realistas, y Mr. Decazes, por el contrario, amenazado cada vez más por ellos, no tenia asilo sino en el partido liberal, llegando á ser de este modo, á pesar suyo, gefe de partido más bien que ministro. Sus colegas se alarmaron al verle representar un papel que

tendia á sacar el centro de la monarquía de su aplomo para colocarlo al borde de un abismo y en medio de sus enemigos naturales, y sin saberlo Mr. Decazes, se ocuparon de estas tendencias y de estos peligros. El duque de Richelieu amaba personalmente á Mr. Decazes; no desconfiaba de él, pero sí de la situacion; conocia la conveniencia de dejar al rey un amigo y al ministerio un intercesor seguro y poderoso entre el corazon de aquel príncipe y sus ministros, y trató de conciliar lo que queria conceder á la opinion monárquica y al mismo rey, suprimiendo el ministerio de la Policía, ocupado por monsieur Decazes, ministerio oculto que hacia sombra á los realistas, y reservándole el ministerio puramente administrativo de lo Interior. Presintiendo Mr. Decazes, y aun anticipándose á aquella proposicion, presentó hábilmente su renuncia á sus colegas para dejarles la libertad de su nueva combinacion; empero aquella renuncia, sacrificio aparente que el jóven ministro hacia de sí mismo á la concordia, no podia ya ser aceptada. Arraigado Mr. Decazes en el corazon del rey, en quien la amistad tomaba el carácter de la fatalidad; popular en el partido liberal que podia agitar á la Francia hasta el hundimiento del trono, y que no se calmaba entonces sino á su voz; dueño del partido doctrinario que dirigia la opinion por medio de la imprenta, y negociaba con todos los demas partidos por medio de la intriga, era para sus colegas un estorbo inevitable: con un pie en el gabinete del rey y con el otro en la popularidad, no podia dejar el gobierno, sino para llegar á ser un gefe temible de oposicion en las Cámaras, ó un motivo de recelo y una amenaza constante para sus colegas por la ilimitada confianza que le dispensaba el rey. Negáronse, pues, á aceptar la renuncia de Mr. Decazes, recibiendo solamente la de Mr. Corvetto, ministro reparador de nuestro crédito y de nuestra hacienda, gastado por los trabajos y las desgracias, y le reemplazaron con Mr. Roy, hombre de

inmensa fortuna, adquirida por un talento despejadísimo, aplicado á su enriquecimiento personal. Hacendista de profesion, conservador por interés y moderado por carácter, Mr. Roy convenia á todos, sin causar envidia á nadie.

III.

El ministerio, suspenso así sobre sí mismo, se presentó en las Cámaras el 10 de diciembre. El rey en su discurso se felicitaba de la emancipacion del territorio, y daba un aviso indirecto á las pasiones revolucionarias que acababan de renacer en las últimas elecciones. Revelábase ademas en este discurso el pensamiento de modificar la ley electoral, ya acordada en la mente del príncipe de Mr. de Richelieu, de Lainé y Molé, medida que los gefes del partido realista en la Cámara exigian como condicion de su apoyo al gobierno. Sin embargo, aquella Cámara, merced á las intrigas que habian puesto en juego los gefes del partido de Mr. Decazes, dió una señal inesperada de repulsa contra aquel plan de modificacion de la ley electoral, nombrando en sus propios comicios interiores á los diputados mas resueltos á mantener la antigua ley. En aquel mismo instante la Cámara de los pares, influida por el conde de Artois, por Mr. de Chateaubriand y por algunos obispos, nombraba para todas sus funciones parlamentarias á los realistas mas retrógrados. Viendo monsieur de Richelieu y sus colegas en esta inconciliable tendencia, por un lado los manejos que ya se presumian de Mr. Decazes en la Cámara de los diputados, y por el otro las maniobras triunfantes del conde de Artois y de los realistas de su córte en la de los pares, se retiraron en masa ante aquella rebelion contradictoria de las dos Cámaras. El mismo Mr. Decazes, bien fuese que hubiera conspirado en efecto contra sus colegas, ó que simple-

mente hubiese sido mal servido, ó servido mas allá de sus deseos por sus amigos los doctrinarios, volvi6 á poner su renuncia en manos del rey. En la memoria confidencial que mas arriba hemos reproducido, se han podido ver todas las fases de aquella crisis ministerial.

La Cámara, al contestar al discurso del rey, declaró en una frase acentuada como una amenaza, que rechazaria toda ley que se apartara del espíritu de la Carta, lo cual era protestar de antemano contra el ministerio que tocaba á la eleccion. El duque de Richelieu, despues de algunas vanas tentativas para recomponer su ministerio, dando entrada en él á Mr. de Villele, gefe de los realistas moderados en la Cámara, sintió flaquear su cuerpo bajo el peso de su alma. Mr. Decazes, heredero necesario de estas vacilaciones, deseado por el rey, esperanza de los liberales y aceptado por la Cámara, reorganiz6 el gobierno, tomando para sí el ministerio de lo Interior, dando el de Negocios estrangeros y la presidencia del gabinete al general Desolles, militar que habia caido en desgracia en tiempo de Napoleon y confidente de las maquinaciones de Mr. de Talleyrand en 1814, para volver á sentar á los Borbones en el trono; la cartera de Justicia á Mr. de Serre, orador tan elocuente como Mr. Lainé; la de Hacienda á Mr. Roy y la de Guerra al mariscal Gouvion-Saint-Cyr, á quien la fuerza militar de la Francia debia su reclutamiento y reorganizacion. La juventud y el decoro de su situacion habian impedido solamente á Mr. Decazes tomar el título de presidente del consejo de ministros, pero era mas que esto, pues era el creador y la necesidad del gobierno. Su triunfo, exalt6 á los liberales y constern6 á los realistas, aumentándose su cólera contra él, á impulso de la envidia que inspiran siempre los hombres nuevos.

Las dos Cámaras, penetradas de los servicios que el duque de Richelieu habia prestado á la patria en su negociacion de Aquisgran, le votaron, á pesar de su nega-

tiva, una dotacion de cincuenta mil francos de renta. El duque, aunque carecia de una fortuna análoga al esplendor de su nombre, y no atreviéndose por otra parte á rechazar esta munificencia nacional, la acept6 para traspasarla inmediatamente á los hospicios de Burdeos. Dos mil millones habian pasado por sus manos, casi arbitrariamente, durante su ministerio y sus transacciones con la Europa; y su país estaba obligado á pensar en él mas que en sí mismo.

IV.

Entretanto, el resultado de las últimas elecciones, asi habia advertido á los hombres de Estado imparciales como alarmado á los realistas exagerados. Los peligros de la monarquía eran el asunto de conversacion en todos los conciliábulos de las dos Cámaras. La de los pares, mas inmutable de pensamiento que la electiva, correspondia mejor por su índole á las preocupaciones del espíritu monárquico. El partido dominante en esta Cámara tenia relaciones demasiado auténticas con la corte del conde de Art6is, para que cualquiera proposicion de este partido no pareciera hecha por el príncipe mismo. Era preciso hallar un órgano independiente, que no fuera sospechoso de familiaridad y complacencia con la corte, para dar el colorido de prudencia y de salvacion pública al primer ataque contra la ley electoral, y ese órgano se encontró en Mr. Barthelemy.

Sobrino éste del célebre escritor de su nombre, reunia todas las condiciones apetecibles de neutralidad aparente entre los partidos. Heredero de la fama de su tío y diplomático en el momento de la revolucion, habia podido permanecer en el extranjero durante las diversas fases de la república y servir desde allí á la Francia sin participar de los excesos, de las pasiones y de los senti-

mientos de los diferentes partidos que se la disputaban. Sus negociaciones felices habian sido recompensadas por la estimacion general é imparcial de su pais. Elevado á la cumbre de los negocios, en la época del Directorio, precipitado despues, como sospechoso de realismo en la proscripcion, Mr. Barthelemy pertenecia al número de esos senadores que no tuvieron que hacer mas que consultar á su corazon para escoger en los Borbones en 1814 los recuerdos y las simpatias de sus primeros años. Los individuos de la Cámara de los pares, á quienes se llamaba partido cardenalista por alusion al cardenal de Beausset que los dirigía, otros miembros de la misma Cámara, entre los mas templados de opinion, tales como Fontanes, Pastoret y Verac, en fin, el mismo Talleyrand, cansado de su inactividad y dispuesto á buscar importancia, aun entre los realistas exaltados, se pusieron de acuerdo con los cortesanos del conde de Artois y decidieron fácilmente á Mr. Barthelemy, apelando á su prevision, á provocar una modificacion vaga é indefinida en la ley electoral. Mr. de Lally-Tollendal, orador afluente y declamador, á quien gustaba halagar las opiniones del mayor número y servir á los ministros, impugnó fuertemente aquella proposicion, á la que Mr. Decazes no vaciló en llamar la mas funesta que pudo salir de una asamblea adicta á la monarquía y dar á la nacion la alarma sobre la irrevocabilidad de las promesas del rey. Mr. de Pastoret insistió con la autoridad de su moderacion probada y de su larga esperiencia de las revoluciones. La inmensa mayoría de la Cámara prescindió de las objeciones de los ministros y adoptó la proposicion. Profunda fué la humillacion del ministerio y completo el triunfo de los amigos del conde de Artois. El mismo rey vaciló en sus convicciones al ver á tantos individuos de la Cámara, experimentados é imparciales, pedirle que salvara su corona y aceptara heroicamente la impopularidad de semejante medida para evitar el desbordamiento de la revo-

lucion en los comisos. Mr. Decazes tuvo necesidad de afirmar la resolución del príncipe y suplicarle que aplazara por lo menos todo cambio hasta hacer la prueba de renovar por tercera vez las quintas partes de la Cámara electiva. La opinion liberal, no contenta con esta victoria que Mr. Decazes habia ganado para ella en el consejo del rey, quiso consagrarla por medio de una réplica enérgica de los diputados al voto temerario de los pares, y en su consecuencia hizo Mr. Laffitte una proposicion contraria; pero el centro ministerial de la Cámara la consideró intempestiva é irritante, y no obtuvo ni aun los honores de la discusion.

La de la proposicion de Barthelemy en la Cámara de los pares dejó estallar todo lo que habia en ella de tendencias contra-revolucionarias en un partido y de temor á ser despojado en el otro: Mr. de Fontanes citó á Napoleón apoyándose en la aristocracia de la fortuna y apelando á los grandes propietarios del suelo como los únicos apoyos de su trono. «Su interés es el mio; los que poseen el suelo no quieren que se conmueva el suelo». Lanjuinais creyó hallar en la proposicion el primer acto de la contra-revolucion para derribar la Carta y denunció á las juntas realistas exaltadas que habia en los departamentos: «ellas tienen, dijo, sus asambleas secretas, sus ejércitos secretos, sus signos particulares de reunion, su sueldo, sus armas!... El general Dessollés, presidente del consejo de ministros, deploró aquella manifestacion de los amigos imprudentes de la monarquía y demostró la agitacion pública que marchaba de provincia en provincia al ruido de aquellos tristes debates. Impelido Mr. Decazes á los partidos extremos por la gravedad del

peligro en que los pares lanzaban al gobierno, propuso al rey que llamara á la Cámara todos los individuos que habia eliminado Mr. de Talleyrand despues de los Cien Días, lo cual mas que amnistiar, era legitimar el interregno del 20 de marzo, y hacer al rey aliado de sus enemigos. El presidente del consejo, mas calmoso y político, se concretó á pedir al rey que restableciera la armonía entre los dos poderes deliberantes, nombrando sesenta y tres pares de Francia nuevos, adictos á la política personal de sus ministros, lo que equivalia á repetir en muy corto intervalo bajo la inspiracion del favorito el golpe de estado de 5 de setiembre. Los pares nuevos, mariscales, generales, funcionarios del imperio ó amigos del ministro, eran todos elegidos por él en provecho de su influencia dominante en el Luxemburgo. Conoció tanto el rey, que antes de firmar aquella lista incluyó en ella uno ó dos nombres de la corte, «á fin, dijo con dulce ironía á Mr. Decazes, de que haya á lo menos alguno de los míos entre los vuestros.»

III
VI.

«Era este un abuso de favor y un desafío á la opinion, á que contestó el partido realista con un grito de escándalo, y con la amenaza de una acusacion de alta traicion. El partido moderado vió en ese abuso el equilibrio independiente de los poderes, roto arbitrariamente por los ministros, y anulada de un solo golpe la prerogativa del rey con la introduccion de una masa de hombres nuevos en un senado donde la prudencia del monarca debia economizar los favores y su influencia con pocos y parciales nombramientos, la dignidad de par entregada toda á un solo partido, nada seguro y poco aficionado á la corona, y en fin, la clientela real convertida en clien-

tela de Mr. Decazes por esa profusion con que se conferida la dignidad de par á sus amigos personales. Los enemigos del rey fueron los únicos que se alegraron de aquel exceso de audacia que salvaba á un ministro, comprometiendo la monarquía. La proposicion de Barthelémy, votada en la Cámara de los pares antes de entrar en ella los nuevos, fué discutida con arreglo á la constitucion en la de los diputados. Combatida por La Bourdonnais, Villele, Corbiere, y por el mismo Lainé, que queria defender la Constitucion con medidas constitucionales y no por medio de escándalos de prerogativa, sucumbió en esta Cámara, si bien fué preciso para desecharla que el ministro tomara la palabra y mendigara los votos de los enemigos de la monarquía. Su triunfo era tambien el de la oposicion radical. Las coaliciones desesperadas de esta naturaleza dan á los gobiernos victorias mas ruinosas que verdaderas derrotas. De esta suerte Mr. Decazes arrastraba al rey á pesar suyo hácia los revolucionarios, en vez de llevar á los revolucionarios hácia el rey.

VII.
IV

La borrascosa discusion para regularizar la libertad de los periódicos y llamar á los desterrados, era animada con la elevada elocuencia de un hombre que cada dia conquistaba mas fama en la tribuna, era este Mr. de Serre, que parecia destinado por su alma y su talento á realizar, despues de una revolucion fatigada, lo que Mirabeau habia intentado demasiado tarde, ó demasiado pronto, en el periodo ascendente y convulsivo de aquella revolucion: el tratado de paz entre la libertad representativa y la monarquía hereditaria. Realista de nacimiento, religioso por instinto, liberal de razon, constitucional de teoría, apasionado en la palabra, moderado de carac-

tor, grandilocuente y rico de imaginación, era Mr. de Serre la fidelidad, la fuerza y el lustro del ministerio. Al empezar la legislatura se había inclinado hacia el lado liberal, porque le parecía que el partido realista tendía á las violencias y á las opresiones. En sus actos y en sus discursos había dado prendas á la democracia real, y recogido del lado izquierdo de la asamblea tantos aplausos como del lado derecho y del centro. Conocióse que su palabra se elevaba sobre su interés pasajero de ministro, para brotar de su alma con toda la libertad del filósofo, del hombre de Estado y del ciudadano. Nadie había mostrado mas confianza que él en el gobierno de la opinion por la opinion, ni prodigado mas al espíritu de la época las libertades compatibles con el orden social y con la monarquía representativa. Aquel era el genio de 1789 purificado por la experiencia, atento á los escollos y dotado de la mas espléndida elocuencia, cuyo eco conmovió jamás á ninguna asamblea. La restauración había hallado sus dos órganos en Mr. Lainé y en Mr. de Serre.

Empero cuando el partido liberal, estimulado por los actos temerarios de Mr. Decazes, traspasó los límites que Mr. de Serre había impuesto á sus concesiones, se hizo agresivo y quiso arrancar al rey una desaprobacion humillante de sus primeros actos de 1815; entonces Mr. de Serre, disgustado con aquellas exigencias de los liberales, comenzó á desconfiar de ellos y de Mr. Decazes, y á replegarse poco á poco sobre los realistas moderados del partido de Mr. Lainé y de Mr. de Villele. La discusión sobre el levantamiento de los destierros, rompió mucho mas aquella amistad reciente entre Mr. de Serre y los liberales. Acometido por las voces de la izquierda que reclamaban á grandes gritos á los regicidas, respondió Mr. de Serre: «Cuando la deplorable jornada del 20 de marzo apareció en medio de la consternacion general y en medio de la alegría de un reducido número de sedi-

ciosos, cuando desde los confines del Asia hasta las orillas del Océano se conmovió toda la Europa; cuando la Francia se vió invadida por millones de soldados extranjeros y despojada de su fortuna y de sus monumentos, y desmembrado su territorio, todo el mundo conoció que la primera necesidad del Estado era defender la monarquía por medio de medidas severas y preservadoras de nuevas calamidades: entonces se suscitó la cuestion sobre si los individuos que habían contribuido con sus votos á la muerte de Luis XVI, debían ser alejados del territorio francés: todos saben la generosa constancia con que la voluntad real luchó contra la proposicion de su destierro. Hombres conocidos por su adhesion sin límites á la causa real y á los principios constitucionales, sostuvieron la proposicion de amnistía completa dada por el rey; pero cuando se decidió de otro modo, cuando se votó la ley, la ley fué irrevocable. La estremada generosidad del rey había podido defender á los votantes; pero forzoso es reconocer que dada la ley, era imposible, sin violar el sentimiento moral mas poderoso, y sin dirigir un ataque á la dignidad real á los ojos de la Francia y de la Europa, provocar jamás del rey un decreto solemne que devolviese la patria á los asesinos de su hermano, de su predecesor, del justo coronado. Preciso es, pues, establecer una distincion entre los individuos castigados por el artículo 11 de la ley de 1816, y los votantes de la muerte de Luis XVI. En cuanto á los primeros, confianza absoluta en la clemencia del rey; en cuanto á los regicidas, jamás.»

Esta palabra draconiana, tan contraria á los deseos de Luis XVI en su testamento, y á los sentimientos que el mismo rey había manifestado á su vuelta, abrió un abismo entre la izquierda de la asamblea y el ministro. Al pronunciarla Mr. de Serre, se entregaba á la animosidad del partido revolucionario; sus servicios á la causa de la moderacion y de la libertad fueron olvidados,

porque lo que el partido de la revolucion queria en monsieur de Serre no era un árbitro, sino un instrumento; asi es que el día en que se negaba á una exigencia del partido, le abandonaba la izquierda. En cuanto á la derecha, se regocijaba de su rompimiento: pero todavía no aceptaba sino con desconfianza el poderoso auxiliar que en él tenia.

VIII.

Esa contienda de opiniones, antipatías, disertaciones, sarcasmos, odios, provocaciones é invectivas que apasionaban y escandalizaban á las tribunas, continuaba fuera en los periódicos donde por la libertad que disfrutaba la imprenta era mas frecuente y encarnizada. Todos los talentos literarios de la época se entregaban en defensa de su causa á una polémica incesante que cambiaba en controversias todas las conversaciones. El espíritu público comprimido tanto tiempo por las armas y el despotismo, brotaba por mil voces. En todas partes se sentia la explosion de un nuevo siglo en las almas. La Francia fermentaba en ideas, ardor, celo y pasiones que la revolucion, el Imperio y la Restauracion colocaban frente á frente, y á las cuales la eleccion, la tribuna y el periodismo abrian la arena para combatirse ó reconciliarse. Cada uno de los campos de la opinion tenia sus escritores á sueldo de popularidad ó de favor, segun la causa á la que se dedicaban. Mr. Decazes era defendido en el *Monitor*, en el *Diario de los Maires* y en el *Diario de París* por los señores Villemain y Linguay. El mismo Luis XVIII, soberano literato, escribia furtivamente algunos artículos, complaciéndose de ver que la opinion pública sospechaba que eran escritos por su mano. Royer-Collard, Keratry y Guizot argüian en el *Correo*. Este periódico de los primeros doctrinarios participaba ya de la gravedad dog-

mática, de la altivez y desden, caracteres distintivos de aquella escuela. Etienne, Pagés y Aignan redactaban el *Constitucional*, diario subalterno é irritante, que agitaba en el corazon del pueblo, no ideas elevadas, sino resentimientos vulgares. Este era el periódico de la murmuracion pública, que no articulaba ninguna oposicion determinada, sino que revestia y exageraba todo lo que en la sátira de la corte, en el esceso de los exaltados, en las pretensiones del clero y en las ridiculeces del antiguo régimen podia apartar al pueblo de su adhesion á los Borbones é inclinarlo al bonapartismo ó al orleanismo. Conte y Dunoyer, dos jóvenes escritores imparciales por la elevacion de su talento y por su edad, tendian á la república sin aperebirse de ello, y nutrian en sus ideas á la juventud por medio de una coleccion periódica titulada el *Censor*, imitacion feliz, pero austera de los grandes folletos de la Inglaterra en la época en que fundaba su libertad.

El *Diario de los Debates*, poco antes periódico privilegiado del imperio, estaba dirigido por los señores Bertin, mas hombres de Estado que escritores; hábiles para guardar el equilibrio de las opiniones haciéndolas inclinar siempre por naturaleza al lado de la autoridad, habian puesto su periódico á disposicion de Mr. de Chateaubriand y de sus amigos. Su polémica, siempre sensata, no se dirigia mas que á la Europa, á la corte, á la aristocracia del talento y de los salones. Realista de profesion, constitucional de lenguaje, diplomático instruido, el *Diario de los Debates* no rompía jamás con el rey, al inmolar á sus ministros. Detrás de su oposicion habia siempre una candidatura para el ministerio. Esta era la reserva de la monarquía.

Las opiniones anejas, estremadas y violentas de la corte, del clero rehabilitado y de la antigua nobleza hallaban acogida y proteccion en las columnas de *La Cotidiana* y de la *Bandera Blanca*, periódicos agresivos y

encarnizados en su lucha impotente contra el espíritu del siglo. Los rencores de la emigración, las protestas contra el genio revolucionario, el horror á las conexiones constitucionales y la antipatía contra todas las cosas y todos los hombres de nueva data, alimentaban estos periódicos. Sus redactores se admiraban de que fuesen todavía vencidos despues del triunfo de los Borbones y volvian contra el rey al realismo: periódicos intempestivos y funestos en su amistad, revelaban sin cesar á la revolución los pensamientos secretos y las últimas palabras de la contrarrevolución.

IX.

Fuertes y enconadas provocaciones revelaban frecuentemente en la Cámara la cólera que abrigaban los partidos escitados por aquellos periódicos. Mr. de Argenson estaba condenado al silencio por haber hecho una simple alusion á los asesinatos de los protestantes en el Mediodía. Mr. Trinquelagne habia atenuado y casi disculpado estos crímenes, y replicándole Mr. de Saint-Aulaire, aseveró que en Nimes habian sido inmolados á su misma vista trece electores, y que sus correligionarios habian tenido que huir á las montañas para libertarse de la muerte. Mr. de Villele, volviendo contra el ministerio la indignación de los liberales, habia dicho que si eran ciertos esos asesinatos, debian ser castigados, y preguntó por qué el gobierno no habia hecho justicia, interpelacion que sublevó á Mr. de Serre, quien hizo recaer justamente la reconvencion sobre los realistas, acusadores tardíos de crímenes cometidos mientras estaban en el poder y que ahora querian declinar sobre otros. «Aprended, dijo, á conocer los partidos. El general Legarde, comandante en el Gard, protegía con su persona y su es-

pada el órden público, y fué herido en el pecho de un tiro disparado á boca de jarro. El autor del crimen fué cogido, y el hecho probado. Los jueces proponen esta cuestion: ¿el homicidio se cometió en legítima defensa? Los jurados se atreven á responder *si*, y el criminal es absuelto.

»Otro general que mandaba en Tolosa quiere apaciguar un motin. Recibe una herida mortal, es trasladado á su casa, sus asesinos penetran en ella y le hacen mil pedazos viviendo todavía. Son acusados; se alega en su favor que no han podido dar la muerte á un hombre que ya estaba herido mortalmente, y son condenados á una simple prision!...

»Un hombre cuyo horrible apellido cuesta trabajo pronunciar, *Trestaillons*, y sus co-reos son perseguidos como autores de muchos asesinatos. Son trasladados á Riom, donde todo el mundo esperaba una justicia mas independiente; pero ni un testigo quiso deponer contra ellos; el terror los habia helado: por el contrario, los testigos favorables se presentaron en masa y aquellos hombres fueron absueltos!»

La imparcial indignación de Mr. de Serre contra la impunidad de aquellos atentados cerró la boca á los realistas y rehabilitó momentáneamente su popularidad entre los liberales. Pocos dias despues quiso tributar un homenaje de imparcialidad al espíritu de revolución, y sus palabras irritaron y encendieron la cólera del partido revolucionario. Mr. de Serre habia dicho que las mayorías eran casi siempre sanas ó bien intencionadas. Entonces Mr. de La Bourdonnaie, fogoso órgano de la derecha, intimó al ministro á que declarara «si hacia estensivo este elogio á la mayoría de la Convencion.—Si, señor, replicó atrevidamente el orador, hasta la Convencion!»

Apenas habia caído Mr. de Serre en este lazo inesperado de interpelacion, cuando la izquierda y el público le llenaron de aplausos y la derecha de murmullos y